

# Breves reflexiones sobre el campo mexicano (con una vuelta rápida a algunas formulaciones del tan vituperado marxismo)

Julio Moguel\*

He rechazado, para la confección de este artículo, la vía de integrar informaciones específicas detalladas sobre el campo mexicano. Quiero, si se me permite, utilizar un tono de menor formalidad académica que el habitual, regresando para ello a algunas ideas caras al marxismo. Adelanto, desde la referida conceptualización y desde una aproximación indiciaria, una definida conclusión: en las políticas públicas que ahora se dirigen hacia el campo mexicano existe un claro propósito de “cambiar el estado de las cosas” de una forma más o menos radical, jugándose en ello la intención de fundar un nuevo *Estado*, ajeno a todo nacionalismo y a importantes valores con los que se conformaba aún hasta hace poco nuestra “esencia e identidad”, con la audacia pretendida de generar un nuevo bloque hegemónico encabezado por lo que pudiéramos llamar políticos *neoliberales de nueva generación*. El peñanietismo (¿ya podemos llamarlo de esa forma?) es la marca de fábrica más conocida de dicho emprendimiento. Veremos.

Las fórmulas o metas del modelo económico ahora en proceso son claramente distinguibles. Pero digamos primero lo que tales fórmulas o metas no son: a) impulso de un desarrollo industrial con sólidas bases productivas usando palancas de fomento como las que pudiera aportarnos el petróleo y las inmejorables condiciones geoeconómicas para efectos de exportación; b) forja de un Estado fuerte capaz de

regular los desfiguros o locuras del mercado y de los intereses voraces y mezquinos del dinero trasnacional; c) desarrollo de los mercados internos como base de sostén de producciones medianas y mayores, vinculado al deseo de forjar un esquema democrático de manejo del poder que, sin que implique apuntar hacia modelos *sociolizantes* (digámoslo así), consideraran necesario establecer o mantener, con *el pueblo* o las mayorías, los *links* de legitimidad y de legalidad indispensables para el manejo de la cosa pública.

Lo que desemboca ahora y se afirma en la era peñanietista es algo diametralmente distinto a lo anterior:

a) desindustrialización y abandono de una buena parte de las líneas de desarrollo autógeno para allanar los caminos a voluminosas inversiones de una élite de capitalistas privados nacionales —nuestra propia *grey* de ricachones, pertenecientes al 1%<sup>1</sup> de los poderosos del planeta— y de nivel trasnacional; a) extractivismo en todos los niveles en lugar de fomentos productivos y desarrollo de

<sup>1</sup> Recordemos que el movimiento reciente de los “indignados” planteó que la guerra del presente en el desarrollo y la sobrevivencia del planeta se daba —o se daría— finalmente, al 1% de la élite económica planetaria, frente al 99% de la población mundial.

\* Especialista en cuestiones agrarias.

la productividad (minería, petróleo, etcétera); b) financiarización del sector nacional y de otras áreas importantes de la economía rural (y global) con procesos especulativos que se extienden ya a todo lo largo y ancho de la ruta y que colocan a los productores rurales, pequeños y medianos en la más absoluta indefensión; c) asistencialismo de segunda o de tercera clase dirigido a montar escenarios menores de compensación (la “Cruzada contra el hambre”, entre otros de los conocidos programas) frente a los estragos económicos que naturalmente genera la aplicación del modelo; d) abandono de un modelo democrático basado en la construcción renovada de acuerdos y consensos con amplios sectores de la población nacional.

Que todo ello ya existía y se desarrollaba antes del sexenio peñanietista es algo que nadie puede negar, pero estas reformas hacen ahora los *ajustes pertinentes* en lo que se refiere a institución y norma, dejando atrás —pretendidamente para siempre— derechos sociales, económicos y políticos que nuestros padres y abuelos ganaron cien o doscientos años a sangre, inteligencia y fuego.

## II

Si volviéramos a caros conceptos del marxismo (algunos de ellos gramscianos) tendríamos que pensar los procesos de transformación en curso como el punto culminante de una específica entronización: la del capital financiero en su expresión más pura y condensada, núcleo del bloque de poder que toma en sus manos las riendas de gobierno, y ya no como invitado acompañante o secundario, sino como el verdadero mandamás. Distingue a esta entronización particular el hecho de que —siguiendo con nuestra aproximación *desde y con* algunas herramientas conceptuales del marxismo—, ya dueño del gobierno, se lanza con denuedo y altivez a la conquista de un nuevo status de norma, ley e institucionalidad. Pero, ¿cuál es el objetivo mayor?: transformar todas las reglas y valores que han sido base de sustento de nuestro ser-nacional para que las prácticas y las políticas de gobierno correspondientes al ejercicio y goce de su presencia hegemónica dentro del bloque de poder puedan volverse *políticas de Estado*.

Pero vale la pena preguntarse, ¿qué caracteriza o identifica al capital financiero que ahora marca las pautas estratégicas de la gobernación nacional? Es un núcleo de interés dentro del bloque de los grandes capitales de nivel nacional e internacional que no tiene amigos en el trabaja-

dor ni en el capital industrial (Nadal, 2013). Conviene citar las razones de dicha convicción:

[Las] operaciones [del capital financiero] no se rigen por la misma lógica. La variable que mejor explica esto es la tasa de interés. A partir del colapso del sistema de Bretton Woods, el mundo asistió a un proceso inexorable de incrementos en la tasa de interés, por lo menos hasta la década de los años noventa. Eso trajo como consecuencia un desempeño mediocre en materia de crecimiento y empleo a escala mundial. Esto se acompañó de un aumento brutal en la desigualdad. Si había que mantener algo de crecimiento, eso tenía que lograrse a través del endeudamiento y por medio de episodios de burbujas especulativas. Este es el sistema que le regaló al mundo la crisis global que estalló en 2008. El endeudamiento mantuvo inversiones, empleos y consumidores que no hubieran existido sin la ayuda del sistema financiero [...] Si hoy las tasas de interés en los principales países capitalistas se mantienen deprimidas, eso se debe a las maniobras de emergencia aplicadas por los bancos centrales en su afán de contrarrestar la crisis global. Pero el capital financiero sigue fijando las prioridades de la política macroeconómica, como puede observarse en la aplicación de la política de austeridad en Europa y Estados Unidos (Nadal, 2013).

Si la impronta del capital financiero deja huella profunda en tejidos acaso aún con cierta consistencia del capital industrial, su presencia en el campo adquiere efectos catastróficos, de marcada brutalidad. Su base: que los precios ya no se determinan por el juego simple de la oferta y la demanda y el peso que en ello imprimen las reservas, sino por factores extrasectoriales. Ello volatiliza activos y esperanzas, pues una sostenida caída de precios provocada por *dumping* o por “maniobras de banca” deja a los productores medianos y pequeños en condiciones de extrema indefensión<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> La Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productores del Campo (ANEC) ha insistido desde hace tiempo en este específico punto, levantando demanda y exigencia de regulaciones que impidan la catástrofe económica y social que se proyecta. Recomendamos aquí el texto de Víctor Suárez Cadena, “Nueva revolución tecnológica con campesinos y sin transgénicos” en <victor.suarez@anec.org.mx>.

En la “mezcla” de sus activos y recursos y en sus condiciones de máximo ocultamiento de identidad –sin rostro, sin mano visible en la manipulación de la cuna– desaparece cualquier prurito ético o humanista de operación, de tal forma que el desastre económico y social –ambiental, entre éstos– al que lleva sin ninguna reserva, adquiere marca de naturalidad<sup>3</sup>. Bajo tales condiciones puede construirse, sin metáfora de por medio, la *dictadura perfecta*, fórmula que puede equipararse a la lógica política de un *presidencialismo imperial*.

### III

Podemos decir que la crisis actual del campo mexicano ya no remite a un esquema relacionado simplemente con el “ciclo” o con el “momento del ciclo” económico en el que se mueve o desenvuelve el país. Y no debe ser medido más, en consecuencia, con una crisis típica de la acumulación del capital. La crisis del campo mexicano remite ya claramente a una crisis de reproductibilidad, sujeta a cambios drásticos de desacumulación y de destrucción de activos para su mejor ajuste a las nuevas condiciones de dominio y de expoliación en el plano mundial. Vista dentro del proceso global que marcan las tendencias destructivas del modelo hegemónico de reproducción, la crisis del campo mexicano no es más que un eslabón de la Gran Crisis a la que algunos autores han calificado como una real y profunda “crisis de civilización”<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Dicho a modo de burla o de parodia, el investigador Jorge Diego Sanjinés nos dice: “Los recursos provenientes de innumerable fuentes y manejos [manejados por el capital financiero] se limpian entonces ante el juicio de Dios, de tal forma que en las épocas modernas alguien puede ser el mejor de los cristianos y formar parte a la vez del Club Internacional de Personalidades por la Depredación y el Aniquilamiento del Planeta.” Sanjinés, Jorge Diego (2013). “Por los caminos de Dios. Ensayos sobre el capitalismo indómito”, documento mimeo.

<sup>4</sup> Entre otros teóricos reconocidos, la conceptualización de “crisis civilizatoria” es utilizada por Armando Bartra en “Diez aproximaciones a la Gran Crisis”, y por Víctor M. Toledo en “Diez tesis sobre la crisis de la modernidad” (*Rojo-amate* núm. 2, noviembre-diciembre de 2010). Nos dice Toledo sobre este punto: “Vivimos una crisis de la civilización industrial cuyo rasgo primordial es la de ser multidimensional, pues reúne en una sola trinidad a la crisis ecológica, a la crisis social y a la crisis individual, y dentro de cada una de éstas a toda una gama de (sub) dimensiones. Esto obliga a orquestar diferentes conocimientos y criterios dentro de un solo análisis, y a considerar sus ámbitos visibles e invisibles. Se equivocan quienes piensan que la crisis es solamente económica o tecnológica o ecológica. La crisis de civilización requiere nuevos paradigmas civilizatorios y no solamente de soluciones parciales o sectoriales. Buena parte de los

La definición referida no es una simple fórmula retórica dirigida a engalanar discursos de ocasión. Los efectos de arrastre del proceso de des-acumulación y de destrucción acelerada de activos del campo mexicano se muestra o manifiesta en prácticamente todos los niveles, provocando por ejemplo procesos de des-utilización y de desvalorización de capacidades y saberes formativos de nivel universitario o escolar que tienden a poner en jaque a “la escuela” en su supuesta funcionalidad –proyectiva– de “activos para el desarrollo nacional” (en este caso, para el “sector rural” de la economía). Los flujos esperados del abajo-arriba en el escalamiento social propios de la escolarización –en el esquema tradicional– quedan sujetos a caprichosos movimientos que derivan en descomposición, de tal forma que el enganche de jóvenes con el espacio-chasis de recepción laboral queda sometido a engranajes de ingreso de monta marginal o de procedencia ilícita (léase, destacadamente ahora, del narcotráfico)<sup>5</sup>.

Pero ese encadenamiento de la crisis del campo mexicano con la Crisis Global tiene, por si faltara, sus propias y dramáticas secuencias de caída, muy determinadas por los coletazos de la propia crisis financiera que se vive en el plano internacional. Es el caso de la conocida secuencia de la crisis reciente que, iniciada en su última fase larga por el lado energético con el aumento en los precios de los hidrocarburos en 2003, adquiere fuerza como desequilibrio alimentario desde 2006 para transitar a su fase explosiva –como crisis alimentaria en 2008-2009–, alcanzando desde este último año una dimensión de escala internacional.

Los datos duros del asunto pueden ser vistos en un brochazo global: de 117 puntos calculados –por una nueva metodología de la FAO–, para 2005 en el índice general de precios para los alimentos se pasó a 200 puntos en 2008, bajó a 157 puntos en 2009, mas sólo para remontar hasta 228 puntos en 2011: “con la particularidad de que el índice de cereales pasó de 104 puntos en 2005 a 238 en 2008, y hasta 247 en 2011” (Calva, 2012: 11)<sup>6</sup>.

Los alcances macroeconómicos del desequilibrio muestran cuál parecería ser el punto de fusión: “[...] las importa-

marcos teóricos y de los modelos existentes en las ciencias sociales y políticas están hoy rebasados, incluidos los más críticos”.

<sup>5</sup> Conviene realizar un estudio específico de las nuevas relaciones entre “la escuela” y el sector económico para determinar cuáles son las nuevas realidades de su funcionalidad.

<sup>6</sup> La fuente citada por Calva, a registrar: FAO, Food Price Index, online.

ciones de alimentos –nos dice José Luis Calva, con cálculos propios desarrollados a partir de fuentes principales– se dispararon de 2,755.7 millones de dólares anuales durante el trienio 1980-1982 a 21,490.7 millones de dólares anuales durante el trienio 2008-2010, y ascendieron a 27,066.9 millones de dólares en 2011” (Calva, 2012: 69-70).

Una línea coherente de explicación del vínculo orgánico inter-crisis ha sido aportada por Blanca Rubio. Aquí su explicación:

Durante la primera fase de la crisis, en el 2008, los precios de los bienes alimentarios se incrementaron como resultado de la migración de los fondos especulativos hacia las *commodities* agrícolas, ante el declive de las ganancias ocurrido en el ámbito hipotecario. El cultivo que comandó el alza de los precios fue el arroz, impulsado por la restricción de las exportaciones en India, Pakistán y Vietnam, como resultado de factores económicos y climatológicos. El precio del arroz alcanzó la cifra récord de 1009.32 dólares por tonelada en mayo del 2008, cuando en el periodo anterior a la crisis había llegado a costar a lo sumo 338.06 dólares la tonelada en el pico de 1996 [...] Durante esta primera fase de la crisis, los precios de los alimentos básicos para el consumo ascendieron entre un 60 y un 70% [...], provocando que el número de personas con hambre en el mundo se incrementara en 100 millones.

Todo lo dicho no queda explicado de ninguna manera como un simple desajuste temporal del esquema global de reproducción. El fenómeno tiene determinantes estructurales tales como a) La financiarización del sector alimentario nacional a la que ya antes nos hemos referido; b) La producción creciente de biocombustibles, dentro del cuadro proyectado de la crisis energética mundial<sup>7</sup>; c) El desastre ambiental generado por los efectos del cambio climático; d) El despliegue de políticas públicas dirigidas a generar supuestas ventajas comparativas que han echado por la borda toda idea relativa a la necesidad de un “crecimiento equilibrado” o a la generación de un modelo de desarrollo basado en la soberanía alimentaria del país.

<sup>7</sup> En 2007, la demanda de maíz para la producción de etanol en Estados Unidos se incrementó de manera notable. De los 40 millones de toneladas que aumentó el consumo de maíz en ese país, 30 millones fueron absorbidas para la producción de este biocombustible (citado por Blanca Rubio, con fuente: FAO: 2009: 21).

## IV

Algunas líneas de política económica en curso no prometen nada bueno para el desarrollo del campo mexicano. Una de ellas, referida a la reforma financiera –publicada en mayo pasado (2013) por el gobierno federal–, declaradamente orientada a generar una importante expansión crediticia –“a menor costo y con la mayor eficiencia”–, tiene en realidad el objetivo de “eliminar algunos obstáculos legales para hacer más expedito el proceso de ejecución sobre las garantías en caso de impago por parte de los deudores” (Nadal, 2013).

La aparente paradoja de tener líneas restrictivas en cuanto al gasto público y un proceso expansivo del crédito (“las importaciones de bienes de consumo y el crédito de la banca a empresas y personas siguió creciendo ‘de manera robusta’” en el lapso considerado) encuentra en el análisis precedente su explicación fundamental: el curso de enganche (“enganches”) al carro de una rápida –y más radical– (neo) liberalización se ubica en la obtención de rápidas ganancias obtenidas dentro de las enormes burbujas consumistas producto, en gran medida, de la especulación, con ajustes temporales que, como los realizados en la crisis inmobiliaria norteamericana, permitió tener en la masa de los nuevos deudores sin posibilidades de pago una base multiplicada de des-patrimonialización<sup>8</sup>.

El modelo en su conjunto entra entonces de nuevo en un ciclo de prueba decisivo, con tensiones que podrían llevar a una nueva etapa de grandes explosiones sociales que no alcancen a remitir. Sin mencionar, en lo que corresponde ahora a nuestro tema, las multiplicadas formas de resistencia y lucha en los medios rurales, que terca y afanosamente, como antaño, aún se obstinan en contradecir.

## Bibliografía

- Calva, José Luis (coord.) (2012). *Análisis estratégico para el desarrollo (políticas agropecuarias, forestales y pesqueras)*. T.9. México: Consejo Nacional de Universitarios / Juan Pablos Editor.
- Nadal, Alejandro (2013). “Capital financiero: ese año estúpido”. *La Jornada*, 19 de junio de 2013.
- Nadal, Alejandro (2013). “La reforma financiera en México”. *La Jornada*, 15 de mayo de 2013.

<sup>8</sup> En la crítica que lo caracteriza, Jorge Diego Sanjinés define a éste como un proceso de “nueva (y desde ahora) acumulación originaria permanente del capital”.